

Coronel don León Castillo

"El hermano León"

Roberto Molina y Morales

Hijo del matrimonio de don Pedro Pablo Castillo, uno de los promotores de la Revolución Emancipadora de 1814, y doña Francisca Alejandra Aquino o Aguilera, nació León de Jesús en San Salvador, el 11 de Abril de 1813.



Su infancia fué dura y trabajosa, pues, muerto su padre, prófugo en Jamaica, poco después, su madre tuvo que luchar a brazo partido para criarlo. Y si bien el Congreso Constituyente de 1824 recomendó al Poder Ejecutivo del Estado socorrer a los hijos de Castillo, el tal socorro no llegaría a ser mucho, cuando a los 13 años de edad, León de Jesús no se había calzado ni tampoco sabía leer.

De carácter independiente y discolo, se inclinó pronto a la carrera de las armas, sentando plaza como corneta del Cuerpo de Dragones, en Febrero de 1827, cuando se iniciaba la guerra civil, en que saldría triunfante la Revolución Demagógica entronizada en el poder dos años más tarde.

Distinguióse pronto en la guerra el arriscado mozo, por su arrojo y su temerario valor, ganándose por ésto el afecto de sus jefes y llegando a ser, concluida la campaña, ayudante del General en Jefe don Francisco Morazán, con el Grado de Teniente.

Por aquellos años de hirviente vivir ya había sido ganado León Castillo por las ideas políticas más exaltadas, y en tal medida profesaba el más completo excepticismo en materia religiosa, que, hacia 1834, se encontraba detentando no escasos bienes, procedentes de donaciones y usurpaciones de bienes eclesiásticos, facilitadas por la Ley de Desamortización, decretada y efectuada "por el partido de la exaltación".

Volteriano sin haber leído ninguna obra del Patriarca de Farney, demagogo y jacobino sin haber sabido nada de la vida de los caudillos de la Revolución Francesa, por sus opiniones radicales y por sus procedimientos se pudo entonces calificar a Castillo entre los más enfebrecidos ciudadanos de la Era Morazánica.

"Era entonces un descarriado —decía de sí mismo ya anciano el propio don León Castillo, con rubor y ejemplar arrepentimiento—: pero en mi interior sabía que mi conducta era criminal".

Siendo oficial de la confianza de Morazán, curtido en el humo de muchas acciones de armas, fué de los que con más saña persiguieron a cuantos se consideraban enemigos del régimen.

Como muestra del encono que en todo momento demostraba a los desafectos al General Morazán, baste recordar que no obstante estar herido en la acción de Villanueva (1838) personalmente tomó preso al P. don Mariano Durán, capellán de las fuerzas del General Carrera, y no dejó de poner empeño para que fuese después pasado por las armas.

Con el Grado de Teniente Coronel, asistió a la batalla de 6 de Abril de 1839, en que por su arrojo fué condecorado con la medalla "Al Valor y al Sufrimiento".

Su vida militar —como él decía más tarde— había sido la de un aventurero, sediento de botín y enriquecido con bienes robados a la Iglesia; sin más sentimiento elevado que su lealtad profunda hacia Morazán y su amor por la hermana menor; pero como Paulo de Tarso, pronto sería trasmutado en un apóstol de la fé.

Encendida nuevamente la guerra, pues los Estados Centroamericanos coaligados, estaban resueltos a lanzar del poder de El Salvador a Morazán, a quien consideraban perturbador de la paz de la República Federal, el Jefe Salvadoreño se dispuso lanzar contra Guatemala, donde calculaba que estaba el núcleo enemigo más pujante.

Depositando el poder, en los primeros días de Marzo de 1840, Morazán invadió el vecino Estado, llevando —como de costumbre— a Castillo entre sus jefes de mayor confianza.

El 18 del mismo Marzo ocupó Guatemala, sin mayor esfuerzo; pero el 19, fué el caudillo revolucionario contrasitiado en la misma capital, por las huestes de Carrera y totalmente deshechos sus cuadros.

Reducido a la defensa de la plaza mayor, perdió Morazán allá lo más granado de su oficialidad, la totalidad de sus tropas, pertrechos, caja y cuanto había cobrado la víspera.

Don León Castillo fué uno de los jefes caídos en la lucha.

Herido gravemente por una granada, quedó como muerto en la falda del Cerro del Carmen a orillas de la ciudad, sin conciencia, sin acción como un cadáver más.

Habiendo logrado huir en las sombras de la noche Morazán con algunos contados fieles, los salvadoreños vencidos, fueron prácticamente aniquilados; llegando los hombres de Carrera a fusilar a prisioneros y heridos.

La madrugada del 20 de Marzo, fué en Guatemala de sangre y de exterminio.

Poco antes del alba, y quizá con el fresco de la madrugada, el Coronel Castillo volvió en sí. A su lado, dos veces, y dejándolo por muerto, pasaron escoltas que no cumplían sino el trágico cometido de ultimar heridos.

En aquella angustia mortal y aprovechando las sombras de la noche, logró incorporarse un tanto, divisando entonces en lo alto del cerro una pequeña imagen de la Virgen del Carmen, débilmente iluminada por una lamparilla.

Entre sobresaltos de muerte y atroces dolores, comenzó a arrastrarse hacia la cumbre, buscando refugio en la Iglesia; en aquel pequeño templo que simbolizaba la Institución que durante tantos años había combatido el moribundo.

Desangrándose cada vez más y casi exánime por el esfuerzo, creyó morir. Nublósele la vista y cayó de bruces nuevamente. Eso fué su salvación, porque unos soldados pasaron cerca de él y lo dejaron por muerto. El oficial que los mandaba llegó incluso a encañonarlo con su pistola para rematarle... pero siguió adelante; precisamente en el instante en que el desgraciado Castillo —recobrada la conciencia tocado por la gracia— hacía voto a la Virgen del Carmen de convertirse en su más fiel devoto, si salvaba la vida.

Logró, animado por una mortecina esperanza y merced a un sobrehumano esfuerzo, introducirse a rastras en el templo, lleno de fé en la protección de la Virgen... y quedó en el pavimento agónico y sin conocimiento ni noción de nada.

* * *

Recogido Castillo por el Canónigo don Antonio Larrazábal y curado por éste secretamente en su casa, casi dos años permaneció el converso en la antigua metrópoli.

Cuando retornó al país, muerto ya Morazán su antiguo Jefe en Costa Rica, era un varón penitente y austero, metido en sí, humilde y religioso. Tornaba también instruido en letras humanas, gracias a la constancia con que se las enseñó, con que lo educó y formó su salvador y protector Larrazábal.

En dos años de forzado encierro, de obligada reclusión, había dedicado a estudiar y aprender, y como era de inteligencia despierta y ágil y "su corazón estaba abierto a las inspiraciones de lo alto, asimiló ciencias humanas y ciencias divinas", a tal grado, que con los años fué tenido por varones discretos como docto y por gente de Iglesia como cristiano de profunda virtud y firme ilustración teológica.

Al regresar, su primer cuidado fué poner en manos de don José Ignacio Zaldaña, Cura de San Salvador, los bienes que poseía y que había adquirido sacrílegamente, a fin de que, una vez vendidos, se socorrieran pobres y se ayudara al culto. Y, vistiendo el escapulario de la Tercera Orden del Carmen, se dió a pedir limosnas de puerta en puerta, por calles y mercados, para levantar en la Iglesia de La Merced, la capilla de la Virgen del Monte Carmelo, destruída por los temblores de 1839.

Llevólo a cabo y dedicado a promover el culto de “la Señora” —como decía,— sorprendióle el terremoto que destruyó totalmente San Salvador, en Abril de 1854; dándose en tal ocasión a la noble y heroica tarea de ayudar en la obra de salvamento al Obispo don Tomás Saldaña, con quien tenía una profunda amistad, y a quien amaba y respetaba como un padre.

Trasladada la capital a Cojutepeque, quedóse don León en San Salvador al servicio de los desgraciados, colaborando en el rescate de imágenes y vasos sagrados, en la construcción de edificaciones provisionales para que sirvieran de iglesias, de hospital y de asilo; hasta que, autorizada la erección de la Nueva San Salvador, vino don León, en Diciembre de 1854, a la fundación de la ciudad que lo llegaría a considerar como a su Benefactor Insigne.

Ayudó en la construcción de la Iglesia de San Antonio, fué para los pobres constante socorro y no desmayó nunca en prestar positiva colaboración a las obras públicas de la población.

Viviendo modestísimamente gracias a su pensión de veterano inválido, que compartía con su hermana, su vida no tuvo más norte ni más motivo que hacer el bien en todas las formas a sus semejantes y en reunir limosnas para poder levantar a la Virgen del Carmen la Iglesia que por voto se había obligado a construir.

Escogida al norte de la población una pequeña prominencia para el efecto, el domingo 9 de Agosto de 1857 comenzó a edificar el templo carmelitano, no sin prestar ayuda eficaz en la construcción del Ayuntamiento y de las Escuelas Públicas; circunstancias todas que movieron a la Municipalidad de 1858 (Enero) a tomar la resolución de “manifestar al ilustre don León Castillo que los individuos de esta Municipalidad saben apreciar —dice el acta— en su justo mérito los servicios que presta a la población”.

De pequeñas limosnas y gracias a un esfuerzo perseverante, el “Hermano León” como por entonces era ya generalmente conocido, levantó aquella primera iglesia carmelitana que, puesta al culto en 1862, entregó cuatro años más tarde —por voluntad del Obispo— a los Padres Capuchinos, que la dedicaron a la Divina Pastora, con el nombre de Belén. A su vera don León les ayudó a construir su convento.

El penitente converso, instaló a su Virgen en el edificio del Tridentino, a cuya construcción había ayudado, y dióse a construir al fondo del predio donde se alzaría el templo definitivo una capilla en la que instaló “el trono de su Madre” en 1873. Al reunir los fondos suficientes, adquirió varios solares, en los que principió a edificar la actual iglesia, que soñó grande y hermosa.

Colocada la primera piedra en 1877, no pudo verla concluida, pero estaba ya puesta al culto cuando le llegó la muerte.

Por otra parte, a través de los largos años que vivió entregado a la caridad, simultáneamente a la obra de edificar los templos carmelitas y de extender la Cofradía del Monte Carmelo hasta ver en sus Libros inscritos más de cinco mil devotos, ayudó mucho a doña Luz Saldaña en la fundación y organización del Hospital Velásquez en el establecimiento del Asilo de Belén. Tiene, pues, en estas obras benéficas tantos méritos don León Castillo, que la señorita Saldaña lo llamaba donosamente "Nuestro Padre Fundador".

Cabe consignar también que al ilustre Hermano León se debe que el Colegio Seminario no se hubiese disuelto en las dos recias tormentas que azotaron a la Iglesia en aquellos años. Al ser desterrado el clero nacional y quedar la institución sin guías ni directores y sin medios de subsistencia, en su casa acogió pobremente y mantuvo a los seminaristas, en aquellos dos períodos durísimos.

La primera vez fué de Noviembre de 1861 a Diciembre de 1863, a raíz del destierro del Prelado y del clero nacional a causa de haberse negado a juramentar las leyes civiles, y la segunda, en 1875 cuando poco antes de fallecer el señor Obispo Saldaña, fué su Obispo Coadjutor expulsado, lo mismo que las Ordenes Religiosas, Miembros del Cabildo Eclesiástico y directores del Seminario.

De Guatemala hizo traer las dos primeras imágenes de la Virgen del Carmen, y las bellas esculturas que se conservan en la Iglesia de la Concepción del Cristo Atado a la Columna y del Señor de la Humildad o Ecce Homo.

Formó sacerdotes, costó la educación de varios muchachos pobres a los que hizo coronar carreras, fué amparo y consuelo de pobres y de enfermos y ejemplo de caballeros cristianos.

Cargado de méritos y de años, reconocido por la Municipalidad como "benéfico vecino e ilustre soldado que ha dado a Santa Tecla notable ejemplo de desprendimiento de patriotismo y perseverancia, entregándose a varias obras que enorgullecen a la ciudad" (acta municipal celebrada el día de su muerte), pasó cristiana y serenamente a la eternidad el 16 de Noviembre de 1891.

Seis coroneles condujeron su féretro al templo de Ntra. Señora del Carmen, que construía, donde fué sepultado, presidiendo el duelo el Jefe del Estado, General don Carlos Ezeta; el Obispo de San Salvador don Antonio Pérez y Aguilar, que pronunció la oración fúnebre, y la Municipalidad en cuerpo.

Santa Tecla, agradecida a los servicios que le prestó el inolvidable "Hermano León", conserva sus restos como un sagrado depósito y guarda a su memoria un recuerdo perdurable.

Santa Tecla. (El Salvador).